

PORQUE TE QUIERO, TE EDUCO

Colección
«Familia y persona»

Jesús García García

PORQUE TE QUIERO,
TE EDUCO



Ciudad Nueva

© Jesús García García

© 2016, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

Edición: *Javier Rubio, Ana Hidalgo*
Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

ISBN: 978-84-9715-354-6
Depósito legal: M-27.133-2016

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Delante de mí estaba sentada a mi madre, que me miró y me dio pan y leche; me advirtió que no me olvidara de comer mientras hablaba, pero era ella misma la que me hacía preguntas a las que tenía que responder [...] Mi padre escuchaba en silencio, acariciándose su barba gris y mirándome tras aquellas gafas con un aire ligeramente inquisitivo. Y mientras, sin excesiva modestia, yo les contaba mis experiencias, gestas y triunfos, sentí que lo mejor de todo eso que contaba... se lo debía a ellos dos.

Herman Hesse, *Hermosa es la juventud*

A mi madre,
de quien bebí a sorbos la pasión por educar.

Prólogo

Educación como amor

Con la emblemática frase «Amar a alguien es decirle: tú no morirás jamás»¹, el gran filósofo Gabriel Marcel nos introduce de lleno en la cuestión de amar y ser amado, una llamada ancestral del ser y de la vida que la educación debe saber acoger como desafío fundamental para la civilización misma.

El amor da vida. Es atento, socorre, abraza, sostiene, alienta. Es todo lo contrario de la negación, el rechazo, la desatención o el abandono. El amor es exigente, tiene sus reglas, y como tal no puede permitirse aplicarlas al azar –a veces sí y a veces no– o utilizarlas para fines comerciales. El amor no tiene miedo, tiene su propia identidad y pureza, está desarmado, sabe empezar de nuevo, es feliz con la felicidad ajena, la busca y la ofrece, no para hasta que encuentra.

Una primera condición del amor es optar por ser honesto con el amor mismo. Quien ama no engaña. Un

¹ «Aimer un être c'est lui dire: toi, tu ne mourras pas». G. MARCEL, *El misterio del ser*, 2 vol., BAC, Madrid 2002, II, pp. 131-132.

segundo paso es aprender a comunicar: un verdadero arte que requiere atención y escucha, la constante apertura de mente y corazón. El amor requiere tiempo. En una sociedad frenética como la actual, el tiempo se nos va de las manos. Debemos dedicarnos más al arte del amor, cultivar los detalles, los matices, en cada rincón de nuestro corazón.

Otra condición, a menudo subestimada por cierto tipo de cultura libertaria, se refiere al compromiso, entendido como dedicación y constancia, ante las inevitables dificultades. Podríamos afirmar que quien huye ante el sufrimiento jamás conocerá plenamente la felicidad del amor. Evolucionar hacia la entrega de uno mismo por amor al otro no es automático. En cierto modo es optar por morir. El precio del amor es alto y, para alcanzarlo debemos, al menos en parte, perder la vida.

Recordemos que no estamos obligados a amar: elegimos hacerlo. Y esto a veces requiere sacrificio. En el amor, sacrificarse significa que elegimos curarnos del egoísmo y abrirnos a compartir, que es la forma práctica de expresar amor. Compartir tiempo, atención, habilidades, dinero, cosas, ideas, sentimientos. Y también el perdón. Es «dar crédito al otro» de verdad, readmitirlo a la comunión. Amar, en definitiva, es donar. Y dar es la única manera que tenemos también de aprender a recibir. El amor es el verdadero sentido de la vida. Pero ¿hasta qué punto somos conscientes de esto en la actualidad? Y ¿cuántas energías, cuánto tiempo

tenemos a nuestra disposición para invertir en esta dirección?

Tal y como apasionadamente nos recuerda Eugenia Scabini, para relanzar la educación como amor por la vida hay que cambiar de perspectiva y «centrar el foco de la educación en las relaciones interpersonales, institucionales y sociales, cuidando de ellas y cuidando el patrimonio ético que, a través de aquella, se transmite de una generación a otra. La educación es un bien público en la medida en que cada cual se apasione por él, lo sienta suyo y como tal lo promueva. Esta es la pasión que hay que volver a encontrar y revitalizar para redescubrir y vivificar el futuro de las generaciones más jóvenes»².

Educa quien da razones para la esperanza

«Educar no es llenar un cubo sino encender un fuego». Quizá la simplicidad de esta frase del poeta William Yeats³ encierra el meollo de toda la labor educativa: no es un transvase de conocimientos, sino un diálogo incesante para suscitar la fuerza de amar y empezar de nuevo, la pasión de investigar, la madurez de pensar y el deseo de construir.

² E. SCABINI, «Decisiva la modalità di risposta a questo allarme», en *Archivio News*, proyecto cultural promovido por la Iglesia Católica, 2009.

³ W. YEATS, *Antología poética*, DEBOLSILLO, Barcelona 2000.

Son altas finalidades que requieren centrar el discurso en los fundamentos de la educación. Y para ello no solo sirven bonitas teorías, sino sobre todo la fuerza de la experiencia. Así nos lo enseña la vida de nobles figuras de educadores, como Don Bosco, Tolstoi, Gandhi, Freire, Don Milani... Ellos dieron su vida por la educación.

A nosotros nos toca recoger la extraordinaria actualidad de su mensaje, ante todo reviviéndolo como invitación a reanudar con valor y fe el cotidiano y siempre nuevo desafío de educar. Así nos lo enseña la vida de estos grandes educadores, que no escatimaron sacrificios ni medios con tal de elevar, orientar y acompañar el crecimiento de los jóvenes. Tenían una gran confianza en el potencial del ser humano. Y, sobre todo, eran un fiel reflejo de lo que enseñaban.

Este es un punto clave, relevante y prioritario, que debe importarnos más que cualquier otro asunto; es el fundamento de cualquier discurso y de toda la práctica educativa. De hecho, como subrayó Pablo VI, «el hombre contemporáneo escucha más a los testigos que a los maestros, [...] y si escucha a los maestros, es porque son testigos»⁴. Teoría-práctica, pensamiento-acción, palabra-vida: esta es la extrema coherencia que los jóvenes espe-

⁴ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, exhortación apostólica sobre la evangelización (1975), n. 41.